

**VIII Jornadas de Jóvenes Investigadores**  
**Instituto de Investigaciones Gino Germani**  
**Universidad de Buenos Aires**  
**4, 5 y 6 de Noviembre de 2015**

**Manuela Barral.** Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Licenciada en Letras  
[barral.manuela@gmail.com](mailto:barral.manuela@gmail.com)

Eje 13: Procesos de exterminio masivo, derechos humanos y memoria

**Testimonios: discursividad violenta**

Palabras clave : Testimonio – Violencia – Política – Escritura

**Resumen**

Alain Badiou nombra el siglo XX como el “siglo totalitario”: su característica fundamental es el crimen estatal organizado. Polémicamente, distintas discursividades postulan diversas concepciones sobre los problemas teóricos de la memoria (el olvido) y el testimonio. Se entrecruzan disciplinas y ámbitos: desde el campo jurídico hasta el filosófico y ético. Debates historiográficos, reflexiones desde el psicoanálisis y la crítica literaria. Atravesados por distintos lugares de enunciación, los filósofos Paul Ricoeur y Giorgio Agamben, la politóloga Pilar Calveiro, el psicoanalista Jorge Jinkis, y el historiador Dominick LaCapra indagan las condiciones de (im)posibilidad de escritura sobre una situación de violencia extrema cuyo actor responsable es el Estado. En ese marco, este trabajo se propone rastrear y confrontar estas perspectivas teóricas disímiles cuyo punto de contacto es señalar en sus análisis la articulación entre violencia y discurso. En contraposición a la interpretación de la violencia estatal en términos de lo impensable o inabordable, estos autores se preguntan: *cómo abordar aquello que se configura en tanto lo inabordable*. Esta investigación en curso intenta demostrar cómo el testimonio es una discursividad que al desplegar modos de escribir y contar el crimen y la violencia estatal se sitúa en un campo de lucha.

**Introducción**

Para Alain Badiou el siglo XX es “la bestia”. Por un lado, esta bestialidad proviene de la periodización de Hobsbawm del siglo XX como la “era de las catástrofes” (1998:16). Por otro lado, esta *subjetivación del siglo* como composición viviente es correlativa del

interrogante ontológico que lo atraviesa: ¿qué es la vida? Pero la catástrofe sólo deja una unidad posible para pensar el siglo XX: el crimen (1998: 12). ¿es el siglo XX de la vida y/o de la muerte? En *El siglo*, Badiou designa al “siglo totalitario”: el crimen *estatal* organizado. Se detiene en el nazismo y realiza un reparo fundamental que puede proyectarse hacia todas las situaciones sistemáticas (estatales) de violencia<sup>1</sup>. Badiou observa que al decir que lo que hicieron los nazis (el exterminio sistemático) es del orden de lo impensable o inabordable, “se olvida un punto capital: que *lo pensaron y lo abordaron* con el mayor de los cuidados y la más grandes de las *determinaciones*” (1998: 15, subrayado nuestro). Impensable e inabordable son categorías que obnubilan la reflexión (teórica, crítica, afectiva). Porque el interrogante es cómo abordar aquello que se configura en tanto *lo inabordable*. De modo que, si el crimen y la violencia se han configurado como lo inabordable (máscara conceptual que sofoca posibilidad de reflexión), el testimonio, en tanto discursividad que aborda modos de representar y contar el crimen y la violencia, se sitúa en un campo de lucha: des-diciendo y diciendo. Porque esa violencia sucedió y con una *determinación* – tanto en el nazismo como en la dictadura en Argentina, cuyos atributos centrales fueron la *sistematización estatal* de la violencia – . Violencia de estado, violencia de (a) (en) los cuerpos, violencia psíquica, violencia política<sup>2</sup>.

En correlato con esta matriz violenta que arrasa con lo viviente, emerge una voluntad de “musealización” del pasado (Huysen), una política de conservación de la memoria. Si el siglo XX está signado por su propia subjetivación, la memoria también queda inscrita en una subjetivación metafórica, pues se la *debe* “mantener viva” (Todorov, 2000: 56) porque está en peligro – *amenazada*, dice Todorov – por los totalitarismos. En sintonía, Paul Ricoeur titula *La memoria, la historia, el olvido*, declarando que los tres conceptos tienen el mismo rango, pero que “el olvido sigue siendo la inquietante amenaza que se perfila en el segundo plano de la fenomenología de la memoria y de la epistemología de la historia” (2004: 531). Ricoeur indica que la memoria, entonces, es concebida como “lucha contra el olvido”<sup>3</sup> (2004: 532). ¿Pero este *deber de memoria* qué busca recordarnos? Tanto el texto de Todorov como el de

---

<sup>1</sup> “Crímenes del comunismo stalinista y crímenes nazis.” (Badiou, 1998: 12). Badiou “olvida” los crímenes de las dictaduras en América Latina. De todos modos, el análisis que propone sobre el “siglo maldito”, “siglo totalitario” y algunas de las preguntas que se hace sobre la violencia estatal organizada, sobre la tensión entre la vida y la muerte, y sobre la capitalización del terror resultan horizontes teóricos posibles para tener en consideración no sólo en el debate sobre los testimonios del Holocausto sino también para reflexionar sobre la dictadura argentina.

<sup>2</sup> En particular, violencia política de la lucha armada en los años setenta en la Argentina. Problema que Pilar Calveiro aborda en su trabajo *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*.

<sup>3</sup> No obstante esta idea (que Ricoeur trabaja como si fuera un “lugar común” de las visiones), en “El olvido” complejiza esta visión, entrelazando conceptualmente la memoria y el olvido.

Ricoeur se inscriben en un debate intelectual que coloca en el centro el problema del testimonio y la memoria. Estas problemáticas entrecruzan disciplinas y ámbitos, abarcando desde el campo de lo jurídico hasta lo filosófico y ético, incluyendo debates historiográficos, diálogos e incorporaciones del psicoanálisis y la literatura.

El testimonio es un sistema narrativo en primera persona; y el testimonio es una experiencia; y el testimonio es un acto existencial; y el testimonio es un espacio lacunar; y el testimonio es una elección. La conjunción iterativa podría proyectarse hacia el infinito, en el territorio de las múltiples definiciones<sup>4</sup>. Por eso, sostendremos la conjunción sin plantear una disyunción. Ahora bien, como veremos, esta problemática toma la forma de una polémica, en donde las distintas posiciones teóricas discuten criterios de demarcación y definiciones<sup>5</sup>. No obstante, en este trabajo, no proponemos una resolución epistemológica del estatuto del testimonio y la verdad, sino un recorrido crítico por distintas visiones. En este marco, rastreamos y confrontaremos discursividades que analizan y postulan diversas concepciones de los problemas teóricos de la memoria (el olvido) y los testimonios, así como de su relación con la violencia. El planteo de diversas concepciones sobre cómo leer y pensar la violencia y la memoria ya implica una pluralidad de visiones y perspectivas en tensión. Aquí, además, nos interesa examinar la relación (articulación o desarticulación) entre violencia y discurso. Luego, subsiguientemente, analizar qué pasa cuando el discurso es *afectado* por la violencia (teórica, histórica, psicológica). Porque si hay violencia, hay cuerpo, y si hay cuerpo en la escritura, hay testimonio.

### **Huellas del olvido**

Ricoeur en “El olvido” distingue tres tipos de huellas: la huella escrita (documental), la huella psíquica (impresión-afección) y la huella cortical (cerebral). Luego plantea la aporía de la huella: se encuentra en el presente, no es ausencia sino positividad y presencia (2004: 545). Ricoeur resuelve este “enigma de la presencia de la ausencia” (2004: 550) mediante una pirueta de yuxtaposición: *el reconocimiento*, superposición de la imagen y el recuerdo. Para enunciar este juego temporal en el que el pasado coexiste con el presente inscripto en la

---

<sup>4</sup> Lo mismo sucede con la “memoria” y sus definiciones. Aunque en el caso de la memoria se da, a su vez, otro fenómeno: su compartimentación y clasificación en distintos tipos de memorias. Como rastrea Ricoeur: “memoria a corto y largo plazo”, “memoria de trabajo”, “memoria declarativa”, “memoria procedimental”, “memoria espacial” “memoria explícita”, “memoria implícita” (2004: 544).

<sup>5</sup> Por ejemplo, el debate sobre la relación historia-memoria. Pues, frente a la colectivización de la memoria, se ha invalidado el criterio demarcatorio que proponía que los individuos tenían memoria, y las colectividades historia. Ricoeur intenta una alternativa conciliadora, porque “es a partir de la constitución ontológica de la memoria que se establece el nexo con la historia” (Lythgoe, 2005: 81).

huella, Ricoeur hace un juego de palabras: “reconocer el recuerdo ‘por un recuerdo’” (2004: 558). De la neurociencia a Bergson, Ricoeur además de estas observaciones, trabaja dos ideas de olvido: un olvido de destrucción de huellas y un olvido de reserva. Luego, como veremos, complejiza todas sus definiciones y demarcaciones al introducir algunas de las principales ideas de Freud sobre la memoria.

Una de las lecturas sobre el “inconsciente” es en tanto “segunda memoria”<sup>6</sup>. Freud en su texto temprano “Sobre los recuerdos encubridores (1899)” empezaba a esbozar incipientemente esta teoría, indicando, en primer lugar, la existencia de “fragmentos de recuerdos que al individuo le han quedado en la memoria desde los primeros años de su niñez” (1991: 297). Como Ricoeur, Freud habla de la existencia de “huellas imborrables” (Ibíd.) que, luego denominará “imágenes<sup>7</sup> mnémicas”: no son elementos de la vivencia “olvidados” sino elementos “desechados” (1991: 300). Bajo esta óptica, como ironiza Ricoeur, Freud es el abogado de lo inolvidable (2004: 569). Porque estas imágenes mnémicas están atravesadas por dos fuerzas psíquicas: una intenta imponer el recuerdo, la otra resiste<sup>8</sup>. En consecuencia, ocurre una transacción: se produce otra imagen mnémica *desplazada*, sustituyendo el contenido psíquico por otro *asociado*. Asimismo, Freud agrega otra característica sobre la temporalidad de este recuerdo: emerge en un tiempo posterior, en un retorno de la escena a la memoria. Así, en la teoría de Freud, al igual que en la de Ricoeur sobre la huella, hay una temporalidad doble. La diferencia es que Freud ubica el destiempo en la acción rememorativa, mientras que Ricoeur lo sitúa como una cualidad intrínseca de la huella, una presencia presente de la ausencia pasada.

En la teoría de Freud, entre el destiempo y el desplazamiento, el recuerdo queda signado por su propio descentramiento, aún por alteraciones y falseamientos.<sup>9</sup> No obstante, aclara, estos aspectos no niegan la autenticidad de los recuerdos, tan solo hay que trabajar sobre los puentes de conexión que el Ingenio (*Witz*) ha establecido entre el contenido de la imagen mnémica y el otro contenido sofocado. Ya en Freud, entonces, vemos la pregunta por la autenticidad de los recuerdos (que luego, en la historiografía, será la pregunta por fidelidad

---

<sup>6</sup> En ese sentido, una de las facetas de la cura psicoanalítica es recuperar lo reprimido.

<sup>7</sup> También indica Ricoeur: la imagen parece ser algo consustancial a la memoria. Freud no lo plantea explícitamente en “Sobre los recuerdos encubridores” pero así lo denomina: “imagen”; recordamos con imágenes, dice Ricoeur. Además, la imaginación y la memoria tienen en común la presencia de lo ausente.

<sup>8</sup> *Imponer y resistir*, aún cuando la teoría psicoanalítica de Freud, en particular en el caso de “Sobre los recuerdos encubridores”, no reflexiona sobre una dimensión violenta, la elección léxica de ambas palabras denota que hay una *lucha* entre dos fuerzas psíquicas.

<sup>9</sup> En “Sobre los recuerdos encubridores”, Freud trabaja sobre un caso (autobiográfico) en el que analiza recuerdos sobre un vestido y una flor amarilla. Sobre el color amarillo Freud apunta: probablemente, el recuerdo produce falseamientos y/o alteraciones, por ejemplo, “piense en el desmedido realce del amarillo y en el excepcionalmente rico sabor del pan” (1991: 311).

de los testimonios). En ese punto, el final de “Sobre los recuerdos encubridores” es un perfecto nexo con lo que Ricoeur advertirá sobre la evanescencia de la memoria. Freud concluye su trabajo afirmando que los recuerdos de infancia no muestran los primeros años de vida “como fueron” (1991: 315) sino como “han aparecido en tiempos posteriores de despertar” (Ibíd.). Es decir, no hay posibilidad de una corroboración referencial exacta, sino que hay un *hiato* y prevalece una dimensión ignota del contenido “primario” de la imagen mnémica. Por lo tanto, y este es un punto de partida que Ricoeur bien podría haber retomado en su texto, sobre los recuerdos – dice Freud – “es ajeno el propósito de la *fidelidad histórico vivencial*” (1991: 315). Él tampoco, al menos en este texto, expande esta idea. Pero leemos allí un *anticipo*, una alerta frente a los pedidos de fidelidad y verdad para la memoria y el testimonio. ¿En qué sentido se habla de la fidelidad de la memoria y el recuerdo?

Ricoeur menciona algo que retoma las ideas de “Sobre los recuerdos encubridores”: en el inconsciente, hay obstáculos para acceder a los “tesoros escondidos de la memoria” (2004: 568). Ricoeur rastrea en la obra de Freud la compulsión de la repetición (en pocas palabras: cuando la repetición sustituye el recuerdo; donde no se recuerda, se actúa) y desde este punto, es notable el paso siguiente de su operación teórica. El filósofo proyecta esta cualidad del inconsciente del individuo hacia un fenómeno social en el contexto de la memoria colectiva. Ricoeur invita a pensar sobre los olvidos, los recuerdos-pantalla, actos fallidos, que “adquieren, a escala de la memoria colectiva, proporciones gigantescas, que sólo la historia y más precisamente la historia de la memoria, es capaz de explicar y esclarecer” (2004: 571). O sea, la memoria colectiva, al igual que la memoria individual, está atravesada por *equivocos*.

Esta interpelación (teórica) de Ricoeur a reflexionar sobre la imposibilidad de un relato exhaustivo sobre la memoria (es decir: la imposibilidad de un testimonio que testimonie *todo*) es un posicionamiento a tener en consideración para reflexionar sobre las violencias (imposiciones) que se le hace desde el derecho a la memoria. Ricoeur advierte: “Si no podemos acordarnos de todo, *tampoco podemos contar todo*” (2004: 572, subrayado nuestro). Al final de su texto, el filósofo puntualiza en qué sentido debemos leer su pasaje por el psicoanálisis anoticiando sobre los obstáculos de la memoria. Pues indica que hay – tanto para el historiador como para el cineasta y el juez – *un límite*: en la parte *intransmisible* de una experiencia extrema. En “Sobre los recuerdos encubridores” lo “encubierto” era un recuerdo infantil<sup>10</sup>. Mientras que Ricoeur, en sintonía con un debate intelectual sobre el testimonio y la memoria, se redirige hacia las situaciones *extremas*, para reflexionar cómo funciona el

---

<sup>10</sup> Aunque ya ahí Freud establecía una analogía con la amnesia histórica.

recuerdo, la memoria, el olvido y el testimonio en esas circunstancias. Ahora bien, el filósofo va más allá: “intransmisible no dice indecible” (2004: 577). Este aspecto será trabajado por un lado por Dominick LaCapra, quien precisa alcances teóricos sobre la noción de lo intrasmisible, y por otro lado, por el psicoanalista Jorge Jinkis (quien retoma, por supuesto, a Freud) atendiendo a cómo, aún en tanto espacio lacunar, un testimonio *dice*.

### **Entre la violencia sublime y la memoria traumática: escribir el trauma**

Lo intrasmisible puede ser relacionado con lo irrepresentable, que a su vez se relaciona con lo sublime. Lo sublime en tanto sensación del sujeto: sensación de lo ínfimo de la humanidad frente a lo vasto de la naturaleza. Tramar la idea de lo sublime con el terror y el horror señala una imposibilidad de conceptualizar *eso* que pasó. LaCapra, incluso, habla de lo sublime como algo que “amenaza con romper toda continuidad y desdibujar toda mediación” (2005: 195). Lo sublime no dice, desdibuja. Ahí irrumpen deícticos, adjetivos absolutos que sofocan el sentido (horror, terror, inimaginable, inconcebible, etc). En esa línea, uno de los adjetivos que ha sido central para denominar el holocausto es “singular”. Pero, como señala Todorov, “cuando se habla de una cualidad “singular”, lo que ha sido visto más a menudo es, en realidad, una cualidad *superlativa*: se afirma que es el peor crimen de la historia de la humanidad” (2000: 38). LaCapra subraya que, en el caso particular del holocausto, su singularidad, incluso, ha quedado figurada en una variación denominativa: es la *Shoa*. En la palabra *shoa* se singulariza el suceso. Asimismo, LaCapra avisa que una estética hiperbólica puede conllevar una sacralización (negativa o positiva) del suceso, inmovilizándolo, dejando al sujeto en éxtasis (2005: 47).

¿Pero entonces, cómo escribir sobre una situación *extrema*? Esa es la pregunta central de LaCapra en su texto *Escribir la historia, escribir el trauma*. La primera operación de LaCapra es describir dos paradigmas historiográficos: el modelo de investigación autosuficiente (o documental) y el constructivismo radical. LaCapra los describe, señala sus características y los critica<sup>11</sup>. De todos modos, más allá de su detenimiento en estos dos modelos y la postulación de su tercera posición a partir de una interacción entre una reivindicación de verdad, sin perder de vista una dimensión performativa y afectiva del lenguaje; pareciera que el interés principal de LaCapra es intervenir en la polémica sobre cómo escribir (sobre) el holocausto. LaCapra analiza un trabajo de White dedicado al

---

<sup>11</sup> Por ejemplo, del modelo documentalista, critica que su vocación profesionalista sea tan extrema (“exageración positivista”(2005:31)) al punto que tiene un uso puramente referencial e instrumental del lenguaje basado en pruebas documentales. Mientras que del constructivismo radical critica que, en particular Hayden White, “suele identificar la narrativización con la ficcionalización de manera cuestionable”(2005: 38).

holocausto en el cual expone la idea de que la forma más pertinente de escribir sobre el holocausto es a partir de la voz media. Rápidamente, LaCapra lo pone en duda: “White apela a la voz media, que él considera la manera apropiada de “*escribir*” el trauma” (2005:43, subrayado nuestro, comillas del autor). LaCapra exhibe ostensiblemente su crítica hacia White. Primero, a través del encomillado de “escribir”. Segundo, la colocación sintáctica de “trauma” en tanto objeto directo, como si la acción recayera *directamente* y ese fuera el vínculo entre escribir y trauma: lineal.

En contraposición – y desde ahí se lee con mayor claridad la crítica realizada a White– el apartado final de *Escribir la historia, escribir el trauma* será subtítulo: “Conclusión: La escritura (*acerca*) del trauma” (2005:187, subrayado nuestro). En ese capítulo, el autor distingue entre “escribir el trauma y escribir acerca del trauma” (2005: 191). Determinantemente, señala la imposibilidad de *escribir el trauma*; enunciación que es tan solo una metáfora, pues escribir implica una distancia; de modo que si se escribiera el trauma sería una “escritura traumática” (2005: 192), correlato de un *acting out*. En cambio, *escribir acerca del trauma* es un aspecto de la historiografía, que logra demarcar su posición entre la reconstrucción objetiva del pasado sin caer en una “objetificación lisa y llana” (2005:191). Ya aquí empieza a vislumbrarse una constante de las operaciones teóricas de LaCapra: limitar posiciones<sup>12</sup>.

El planteo de LaCapra es que la voz media implica algo indecible, refractario a las posiciones binarias, un “intermedio” (2005: 44). Pero el autor llama la atención sobre este punto: “las distinciones son articulaciones” (2005:45), *a veces hay que sujetar la diseminación*, parece querer decirnos. Para prevenirnos, LaCapra se vale del aparato teórico del psicoanálisis y sostiene que la indecibilidad se vincula con una relación transferencial con el pasado, una “memoria traumática”. En sintonía con la noción de compulsión de repetición, la memoria traumática es aquella que se repite y reaparece aún en contra de la voluntad del sujeto. En el *acting out* “los tiempos hacen implosión” (2005: 46). Desde esta visión, LaCapra realiza un reparo sobre la indecibilidad de la voz media: a veces, insinúa el autor, conviene establecer límites . Porque el mayor peligro de la voz media es la identificación vicaria con la voz de la víctima.

---

<sup>12</sup> Lo mismo había planteado con respecto a lo sublime, en donde afirmaba que el exceso sacralizador de lo sublime excluía la existencia de límites. (2005: 196). Todo el trabajo de LaCapra es una búsqueda de delimitar las posiciones de los otros y la propia. Es una escritura atravesada por reparos (límites): “Con pretensiones mucho más humildes, el enfoque que he intentando exponer...” (2005: 220) LaCapra reflexiona sobre sus propios límites.

En este horizonte, LaCapra reivindica la posibilidad de realizar una elaboración (“la elaboración es un quehacer articulador” (LaCapra, 2005: 46)) desde el presente que tenga en cuenta la empatía<sup>13</sup> (sensibilidad acerca de traumas históricos), pero sin que esto implique la asunción de una posición vicaria del lugar de la víctima. En ese sentido, así como Ricoeur inscribía a la huella en un juego temporal pasado-presente; ausencia-presencia y Freud también situaba a los recuerdos encubridores en una temporalidad doble, LaCapra destaca en qué medida el recuerdo implica volver allá y estar acá (2005: 109). No obstante, LaCapra se cuida de advertir sobre la dualidad como un riesgo. Por eso, elaborar el trauma es distinguir entre pasado y presente (Ibíd.), gracias a un *posicionamiento deliberado* en el pasado-presente. Ese sería el “componente crítico” (2005: 57) que propone LaCapra como tercera posición frente al modelo autosuficiente y frente al constructivismo radical, que no debe ni desechar la hipérbole (2005: 58) ni olvidarse de las reivindicaciones de verdad (Ibíd.) bajo la perspectiva de “la empatía en la comprensión histórica” (2005: 60). O sea, que el historiador no niegue la relación transferencial con el objeto de estudio, porque la afectividad es un aspecto crítico de la comprensión del historiador (2005: 62).

La puesta en práctica de estos postulados la intenta realizar LaCapra en su apartado “Testimonios del Holocausto: la voz de las víctimas”. Allí examina el creciente interés por los testimonios, así como la preocupación de los historiadores por la fiabilidad del testimonio. Analiza la película de Lanzmann *Shoá* en tanto “ficción de lo real”, en donde los sobrevivientes a la vez actúan en el documental, y son ellos mismos. Pero centralmente LaCapra problematiza la matriz historiográfica del testimonio: el lugar del entrevistador, del historiador, su distancia crítica junto con su empatía afectiva.

Pero, entonces, ¿cómo se *dice* el trauma?

### **Violencia en el discurso: no poder decir, entonces, decir**

Jorge Jinkis presenta un trabajo que articula la relación entre violencia y discurso. *Violencias de la memoria* es el título de un volumen de Jinkis, que lee – desde el psicoanálisis – cómo el testimonio es desde (y por) su dimensión lacunar. La elección del título es elocuente: hay varias violencias, y acaso las violencias también son discursivas, como si hubiera una violencia represora en el discurso, que reprime (recordemos: Jinkis escribe desde el psicoanálisis). En esa línea, la pregunta que rige el apartado “El testigo en cuestión” es: “¿hay *algo* que no se puede decir?” (2011:83). Mientras que para Ricoeur el problema del

---

<sup>13</sup> “La empatía debería entenderse, más bien, como una relación afectiva, vínculo o lazo con el otro reconocido y respetado en cuanto tal”. (LaCapra, 2005: 215).



testimonio no era su ser *indecible* sino su cualidad *intransmisible*, para Jinkis el interrogante sobre lo indecible es productivo para teorizar sobre la dimensión lacunar del testimonio. Ese *algo*, que luego Jinkis nombrará “saltos, discontinuidades e interrupciones” (2011: 88) son, para él, instancias de verdad del testimonio. Por supuesto, Jinkis se excusa y advierte que no habla de la verdad con pretensión filosófica (ontológica) o científica, sino de una verdad sintomática, “reflejo pasivo de la experiencia traumática” (2011: 88). Así, la interpretación de Jinkis da una vuelta de tuerca a la dimensión lacunar, no como expresión de ese *algo* no decible, sino como manifestación de una experiencia traumática: lo que el testigo no puede decir es síntoma de su experiencia, de su ser testigo. En ese sentido, Jinkis en “El testigo en cuestión”, busca argumentar un desplazamiento de ese cuestionamiento del testigo<sup>14</sup> a una *recolocación* del testigo, no como alguien sospechado, sino como alguien que afirma lo sucedido, el acontecimiento.

En un contexto en el cual la historia oral y los testimonios cobran valor jurídico, a la memoria se la concibe en primer lugar, como un imperativo, y en segundo lugar, en tanto un dispositivo (es decir, mecanizado) plausible de ser pensado en términos de fidelidad y verdad. Pero el dispositivo memoria en tanto magnitud cognitiva se asienta en una subjetividad: la del testigo. Así, hay una demanda de fiabilidad para el testigo: que jure con la verdad de su discurso. Es, en términos de Todorov, la búsqueda de la memoria ejemplar (contar como una acción con carácter de intervención: “utilizar el pasado con vistas al presente, aprovechar las lecciones de las injusticias sufridas para luchar contra las que se producen hoy día” (2000:32)). Esta idea apunta a pensar a la memoria como una instancia de repaso y elaboración, cuya característica es una temporalidad doble: se recuerda sobre el pasado en el presente. La complejidad temporal implica un posicionamiento subjetivo que no pierda de vista esa condición, que la doble inscripción no quede subsumida a un destiempo. En el contrapunto pasado-presente, la memoria ejemplar puede actuar en el presente.

Pero desde Freud, y post-Freud, hay un choque fuerte sobre esta visión “verista” de la memoria. Ya desde el título de su texto “Los recuerdos encubridores”, Freud postula que los recuerdos son tendenciosos, tienen un carácter elusivo, evanescente. El recuerdo tiene indecisiones, que se manifiestan en desplazamientos y condensaciones. La memoria *es un espacio lacunar*. Hay una fragilidad constitutiva de la memoria, y del acto de recordar. Luego,

---

<sup>14</sup> Afirma Jinkis: “el testigo que está dispuesto a prestar testimonio suele caer bajo todo tipo de sospechas” (2011:105); aludiendo a la culpabilidad asignada socialmente frente a lo inexplicable de la sobrevivencia del testigo.

entonces, el testimonio en tanto género discursivo está atravesado por estas características. Lo mismo indicaba Ricoeur sobre la imposibilidad de *contar todo* (2004: 572).

En este marco, la argumentación de Jinkis se dirige a re-situar al testigo no precisamente en un plano discursivo de saber, de verdad discursiva, sino de verdad de una experiencia<sup>15</sup>. Las instancias lacunares constitutivas del testimonio para Jinkis (la falla, la grieta, el hueco) inscriben en el discurso del testimonio la violencia en el cuerpo. Legado discursivo (violento) de la tortura: el testimonio está signado por grietas discursivas, lagunas. Pero como decía Jinkis, es en esa característica constitutiva del testimonio en la que el testimonio deviene experiencia radical. O bien, en las grietas discursivas, el testimonio remite a un cuerpo violentado. Por eso, la experiencia de la cual da cuenta la instancia lacunar del testimonio es la de *la violencia en el cuerpo*.

En conclusión, los testimonios son géneros discursivos que en su interior plantean una relación conflictiva entre el discurso y la violencia; entre la dimensión ética y la dimensión jurídica (los testimonios como prueba jurídica en un contexto donde se deshicieron las pruebas materiales). En este contrapunto en el cual el testimonio deviene prueba jurídica y prueba de la experiencia de un cuerpo, el testimonio, quizás, tenga su mayor fuerza violenta: es una verdad. Por eso, al elaborar el pasado, la memoria deviene política.

Finalmente, el correlato de la memoria constitutivamente lacunar, agujereada, es una *pulsión testimonial* infinita. Porque es imposible recordar, no paro de recordar: el discurso se relanza, como potencia. En esa línea, afirma Agamben: “El superviviente tiene la vocación de la memoria, no puede no recordar.” (2000: 10). La experiencia del testimonio es una experiencia *discursiva radical*. Jorge Jinkis plantea que “el testigo es pues aquel personaje insalubre que rompe el silencio, es decir, que no solo ha sobrevivido al exterminio físico sino al exterminio de la palabra.” (2011: 106). Por lo tanto, el testigo, es una subjetividad que testimonia la eliminación de la palabra. Pero en ese sentido, queda inscripto en una matriz que *dice*. Por eso, la radicalidad discursiva del testimonio es que aún no diciendo, *dice*.

---

<sup>15</sup> Pero falta en su trabajo problematizar cómo esa verdad de una experiencia del pasado se inscribiría *violentamente* en el presente: o sea, cómo poner en lenguaje transita una posibilidad de compromiso desde el debate. La articulación entre violencia y discurso de Jinkis no hace meta-reflexión sobre su propio trabajo, sobre su incidencia disruptiva; más bien es una violencia “teórica”: des-hace la conceptualidad filosófica de la verdad, la define “bajito y con minúscula” (2011: 83) pero no funciona (ni concibe) su escritura como testimonio.

### **Bibliografía citada y consultada**

- AGAMBEN, G. (2000). *Lo que queda de Aushwitz*. Valencia: Pretextos.
- BADIOU, Alain. (2005) *El siglo*. Trad. Horacio Pons. Buenos Aires: Manantial.
- CALVEIRO, Pilar (2005) *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires: Norma.
- FREUD, S. (1991) “Sobre los recuerdos encubridores (1899). En Vol. III. *Primeras publicaciones psicoanalíticas (1893-1899)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- JINKIS, Jorge (2011). “El testigo en cuestión” en *Violencias de la memoria*. Buenos Aires: Edhasa.
- LACAPRA, D (2005) *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- LYTHGOE, E (2005) “Consideraciones sobre la relación historia-memoria en Paul Ricoeur” en *Revista de Filosofía*. (sin datos)
- RICOEUR, P. (2004) “El olvido” en *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: FCE.
- TODOROV, Tzvetan (2000) “La memoria amenazada” en *Los abusos de la memoria*, Barcelona: Paidós.